

26 de marzo de 2016

El terror a la feminidad

Eduardo García Silva

*A Andrea Noel,
a su coraje, a su valiente indignación.*

México ha sido desde hace mucho tiempo un país machista. Lo sabemos por su historia que prácticamente no menciona las aportaciones de las mujeres pero sí menciona a una cantidad incontable de hombres que, además, engrandece por comportarse valerosamente ante las mayores contingencias, por ejemplo, arriesgando la propia vida ante el enemigo invasor, actos que más que heroicos, resultan inútiles sacrificios que lindan con lo absurdo, lo masoquista y hasta lo bufonesco, como el hecho de arrojarle con la bandera desde lo alto de un cerro para que no sea capturada por ese enemigo invasor; lo sabemos por su cultura y folclor que muestra las imágenes de charros alcohólicos, pendencieros y mujeriegos que sólo son capaces de darle un lugar a la tristeza y al llanto por una pérdida importante si están ebrios, entre amigos y cantando canciones que devalúan, denostan y ridiculizan a la mujer "causante" de tal desdicha; lo sabemos por las mismas canciones populares que narran historias de mujeres pérfidas y hombres víctimas de las mismas; y lo más crudo: lo sabemos por la cantidad de agresiones, delitos y asesinatos de mujeres a manos de hombres, generalmente sus parejas y conocidos.

Quizá ningún mexicano pudo imaginarse el grado de machismo imperante en este país hasta el evento ocurrido en la colonia Condesa el pasado 8 de marzo, por cierto, día internacional de la mujer. Una reportera llamada Andrea Noel fue atacada por un desconocido que le levantó el vestido y le bajó la ropa interior para después echar a correr. "*Los machos también corren*" podría haber sido el título de algún periódico amarillista. Este evento por sí mismo, y por desgracia, no hubiera merecido la atención que tuvo sino es por el hecho de que Andrea Noel logró hacerse con los vídeos de la agresión y denunciar al osado bajacalzones y valiente corredor banquetero ante las ¿autoridades? correspondientes. Pero tampoco eso es lo más importante, por desgracia otra vez, sino el hecho de que Andrea Noel haya sido, a partir de su acto de denuncia y publicación del ataque, víctima por incontables machos e incluso machas que heridos en lo más profundo de su virilidad la amenazaron, persiguieron y hostigaron tanto en el mundo real como en el virtual, aunque el virtual es tan real hoy en día que podríamos hablar, como Žižek lo propone, de la realización de lo virtual más que de la realidad virtual.

Esa persecución aunada al prácticamente inútil servicio de la policía chilanga que no sirvió de nada (cuando fueron al domicilio de Andrea Noel, que había llamado porque

unos tipos estaban fuera de su casa apuntándole desde un vehículo con un rayo infrarrojo en la cabeza, los policías ni siquiera se bajaron de la patrulla, mucho menos se cercioraron que siguiera viva en su casa; quizá temían que si abandonaban su patrulla algún barbaján podría bajarles los pantalones y los calzones también a ellos). Esa persecución pues y esa omisión de la ¿autoridad? deja claro que el machismo mexicano, no es cosa del pasado solamente, ni del folclor, ni de las películas pedroinfranteras, es más bien un fenómeno que se despliega cotidianamente y literalmente en las calles de esta ciudad y de este país.

Ahora bien, ¿de dónde procede esta agresión a las mujeres? ¿Se puede pensar al machismo como un síntoma de la feminidad? Y si es así, ¿la agresión a las mujeres está relacionada con el machismo como síntoma de la feminidad?

Sabemos por Freud que la amenaza de castración genera una angustia ante la posibilidad de su ejecución en las fantasías de todo niño, por lo que este se defiende renunciando al objeto incestuoso de la madre e identificándose al padre. Freud también agrega que dicha amenaza tiene más estragos en los niños que en las niñas puesto que en ellas la castración ya habría sido consumada en su dimensión imaginaria al menos (al respecto, remito al lector a los textos de Freud de “El sepultamiento del complejo de Edipo (1924)”, “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos (1925)”, “Sobre la sexualidad femenina (1931)” y la conferencia “La feminidad (1932)” todos en Amorrortu). Lacan planteará que más allá del triángulo edípico, se trata de la relación al falo, también en tanto imaginario, es decir, de la posición del sujeto ante su falta. Esa relación está regulada por la dimensión del fantasma (Phantasme), es decir, una relación donde es imposible que el sujeto acceda al objeto que, dividiéndolo, causa su deseo. Ese acceso imposible sostiene la serie de frustraciones que un sujeto vive al saberse no-todo, anhelando siempre más, aquello que lo completaría.

En esa dimensión imaginaria parecería que los hombres tendrían algo que a las mujeres les faltaría. Ahí se ubica uno de los mayores errores que se producen al leer a Freud, a saber, que Freud sería un misógino victoriano que hace menos a las mujeres por creerlas inferiores, cuando el gesto freudiano consiste precisamente en lo contrario, en señalar que la castración es simbólica y no real, por lo que con este acto, Freud desgenitaliza a la sexualidad y señala su dimensión simbólica e imaginaria donde los hombres quedan no solamente amenazados en su pretendida virilidad, sino que, como ya se mencionó, en una posición aún más desfavorable que las mujeres, para quienes la castración ya se ha consumado y por lo tanto, la amenaza no efectúa tantos estragos como en los hombres, de manera tal que las mujeres serían más osadas que los hombres en cuestiones de emprender acciones más allá de las amenazas que las limitarían para ello, ¿cuántas veces no han visto a una pequeñita perseguir al primito o al amiguito para abrazarlo y

besarlo mientras él huye, llora y quiere refugiarse en las faldas de su madre? ¿Algún hombre se habría atrevido a llegar a tanto como Andrea Noel, es decir, a hacer lo que las circunstancias le imponían aún cuando a otros eso les pareciera exagerado o fuera de lugar? ¿Algún hombre habría hecho público un video donde le bajan los calzones? En el argot chilango se diría, paradójicamente, que para eso se necesitarían güevos.

El agresor de Andrea Noel se acerca por atrás, le levanta el vestido y le baja los calzones para salir inmediatamente corriendo a toda velocidad. ¿De qué corría?

Esta cuestión en particular es la que me interesa señalar aquí: que un hombre huya de una mujer. Sólo tengo que aclarar que la huida no precisa ser real sino metafórica, en primer lugar, porque no es que un hombre huya de una mujer sino, mejor dicho, de lo que ella le representa.

En la medida en que podamos localizar los motivos que hacen que un hombre huya de la feminidad, más que de una mujer, es que podremos avanzar en una comprensión mayor de la agresión que los hombres generalmente dirigen a las mujeres, ya que, en sentido estricto, esa agresión va dirigida también a lo que las mujeres le representan a esos hombres más que a ellas mismas en tanto mujeres, es decir, a lo femenino y la feminidad.

De lo hasta aquí expuesto, se desprende que lo que un hombre teme de una mujer es la feminidad, lo que nos reconduce a la pregunta planteada más arriba, es decir, a que el machismo tendría una relación con la feminidad en el sentido del síntoma; sería uno de sus síntomas. Puesto así, el machismo sería una defensa extrema ante la amenaza de la feminidad, pero ¿de qué manera amenazaría la feminidad a la virilidad de un hombre si no es por la razón de que ese hombre en cuestión estaría precisamente cuestionado como hombre? Me explico, el posicionarse como hombre (y como mujer) es un proceso complejo descrito por Freud en los textos mencionados y en los casos clínicos que publicó de los análisis con hombres que precisamente se defendían de la castración que amenazaba con dejarles en una posición femenina, como objeto de goce para el Otro, donde las fantasías homosexuales tenían siempre un lugar privilegiado pero que se encontraban inconscientes en tanto reprimidas, de ahí que los síntomas que surgían en las neurosis (obsesivas en los casos descritos y tratados por Freud) fueran defensas ante la homosexualidad reprimida.

Ese posicionamiento como hombre o como mujer es la salida a una serie de eventos producidos en la infancia ante la amenaza de castración, y la identificación al padre o a la madre es el punto culminante de la salida del complejo de Edipo, por lo que no se trata de ningún desarrollo natural y el hombre y la mujer no existen a priori como elementos de una naturaleza humana sino como efectos de la función simbólica en la que el ser

humano, en tanto hablante, queda inscrito por la manera en que resuelve la contingencia que le presenta el imposible de decir sobre su existencia y su esencia como tales, es decir, la castración que anuncia un no-todo.

Entonces, un hombre que ha logrado identificarse al padre y suponerse hombre echará mano de los significantes que lo sostengan en ese lugar, siendo la posesión del falo, confundido muchas veces con el pene, la más importante y la estructurante de dicha posición. Pero sucede que el falo más que el pene, es la posibilidad de poder. Poder, en tanto que se tiene algo para poder hacer con ello. Por eso, la posición fálica es aquella que impone, que “se mete”, que coacciona, que pretende poder más que los otros (la competencia entre hombres). Los efectos en lo que puede observarse son esas pretensiones de arrancar más rápido que el otro, de orinar más lejos que el otro, de tener más mujeres que el otro, de coger mejor que el otro, donde la creencia en la importancia del tamaño del pene es solamente una manifestación entre otras de la posición fálica como puede observarse. Por lo demás, se podrá ya entender que haya también mujeres fálicas una vez aceptados estos términos. Se trata de tener el control y eso sólo es posible en el ejercicio de un poder sobre el otro.

Ahora bien, si entendemos por macho a aquél que busca imponer en todo momento sus reglas, razones y sinrazones sobre todo (el poder es más absoluto no cuando se imponen las razones sino cuando lo que logra imponerse al otro es la sinrazón o el absurdo, pues nada muestra mejor la potencia que la realización de lo que precisamente nadie aceptaría), si ese es el macho, será necesario mantener a distancia cualquier muestra de debilidad, debilidad supuesta por el macho, como lo es por ejemplo, la imposibilidad de dar lugar a los afectos más tiernos porque en esa lógica, el macho queda expuesto y feminizado para que el otro haga con él a su antojo.

Por otro lado, una mujer está siempre en el lugar del objeto de deseo del hombre y del macho. Una mujer seduce por su sola presencia, es la oportunidad para que un hombre o un macho se (de)muestren hombres, es decir, muestren que tienen algo para dar y que pueden hacerlo si quieren. Pero eso mismo denuncia su inconsistencia ¿por qué un hombre tendría que (de)mostrar cada vez que lo es si no es porque él mismo considera la posibilidad de no serlo del todo, todo el tiempo?

Algunas de las posiciones perversas dan cuenta de esa pregunta que el hombre se haría en función de serlo o no, es decir, de poseer el falo. El exhibicionista tiene que tranquilizarse ante la angustia de castración mostrando su pene para que el susto, la indignación o el repudio del otro acusen recibo de esa posesión y pueda así seguir tranquilo por esa ratificación de lo que él mismo duda, hasta el siguiente evento. El voyeur busca lo que no hay porque tampoco lo hay en él (el falo es un significante).

¿Era el agresor de Andrea Noel un voyeur? Todo apunta a que no. No se detiene a ver, sólo baja los calzones y una vez que precisamente podría haber visto lo que quería, no lo hace, ¡corre! En todo caso podemos plantear la pregunta ¿de qué corre? ¿de lo que vio? ¿de lo que supuso que vería? ¿para qué entonces ese acto? Bien dice Lacan que el velo le es más importante al hombre que la realidad, es la formulación de la fantasía, o como se ha traducido erróneamente, la fórmula del fantasma. Como en la seductora danza de los siete velos, es importante que el último no caiga, que se mantenga una pantalla entre el sujeto que mira y ese objeto porque se trata de un objeto imposible, se trata de lo que no hay, del terror de la falta, de la castración. Se trata del pene de la mujer, ese que el niño suponía en toda mujer hasta antes de ingresar al mundo de la diferencia, del significante, como lo plantea Freud en su texto sobre el fetichismo (1927). No se soporta que el Otro esté castrado, de la misma manera en que no se soporta que Dios no exista, o que no haya garantía en esta vida. Los fetichistas son esos creyentes que pueden empeñar sus vidas haciendo todo lo posible para sostener al Otro en su lugar, y una forma de hacerlo es suponer que hay garantía de que el Otro no está castrado, es otro discurso del obsesivo que se empeña en que no falte nada, que todo esté impecable, completo, sin mancha.

Un “vestidito” puede seducir porque hace aparecer como posible y casi a la mano un objeto que en realidad falta. Hay que recordar la virulencia de algunas de las amenazas que recibió Andrea Noel: “*para que sigas con tus vestiditos*”. Un vestidito muestra mucho las piernas pero oculta lo esencial, que como sabemos por el psicoanálisis, no es la vagina ni es tampoco la desnudez de un cuerpo sino el más allá que el cuerpo anuncia como imposible, como agujero que nos atraviesa a todos, hombres y mujeres.

Mariquita sin calzones.

El bajacalzones logra hacer caer el velo pero no se atreve a ver lo que ocultaba, no se atreve a quedarse a ver lo que ahí habría precisamente porque lo que des-cubriría ese velo sería pura nada donde falta todo sentido porque no hay uno que dé cuenta de esa nada, es inefable y provoca angustia. Bajar los calzones a una mujer para echar a correr es así acercarse a la feminidad en el borde que puede hacer caer al propio sujeto, por eso es preciso salir corriendo, es como el sujeto que caminando en el borde de una cornisa en la azotea de un alto edificio se excita con el temor de caer al vacío y luego puede sentirse muy vivo y muy hombre eventualmente por haber realizado tan osada empresa y haber sobrevivido.

Ese bajacalzones se comportó exactamente como un obsesivo que hace todo lo posible para lograr algo y que cuando está por lograrlo posterga su encuentro, o que en el acto

mismo del logro estropea aquello que inicialmente quería lograr. Ese tipo huye cuando ha logrado lo que quería, no se queda a verla, no se queda a humillarla, no la insulta verbalmente ni se burla de ella, sólo sale corriendo y ¡ni voltear! ¿se trataba entonces de bajar los calzones a una mujer sólo por bajarle los calzones? Parece que era sólo una pretensión de poder; un ejercicio fálico que le (de)mostrara al sujeto que era él quien tenía el falo y no ella. Se trataba sólo de poder hacerlo. Pasó de querer ver a una mujer sin calzones a correr él mismo como *mariquita sin calzones*, como reza un dicho popular.

“No somos machos pero somos muchos”.

Cuando Andrea Noel denuncia, cuando hace circular el vídeo de la cobarde agresión, produce sin saberlo, una denuncia a toda cobardía masculina porque no solamente aparece una mujer sorprendida por detrás, con todo el simbolismo que esto implica (quizá es la única manera en que ese tipo puede sorprender a una mujer por detrás), aparece también un hombre que corre de una mujer. No me parece inverosímil que esa imagen que denuncia la cobardía de un hombre es lo que en muchos machos desencadenó la visceral y violenta respuesta a la denuncia, pues debe ser insoportable para un macho, no para un hombre, que sea una mujer la que evidencia la castración de un hombre, la que denuncia su no-poder, porque al final ese bajacalzones no pudo más que eso, excepto correr, lo que señala la posibilidad de otra metáfora, es decir, que quizá sea la única forma que el pobre tipo tiene de *correrse* ante una mujer. Al final, en esa escena, es una mujer quien se queda con los calzones bien puestos y es un hombre el que corre como "*mariquita sin calzones*", para citar nuevamente una de las expresiones más populares del argot mexicano que circula desde un discurso machista.

Si muchos hombres agredieron de tal forma a Andrea Noel es evidentemente porque algo los hizo a ellos sentirse agredidos y por lo que se dieron por aludidos. Como ya comenté, es el hecho de denunciar que un hombre corra, que no sea macho; es como si esos hombres se hubiesen identificado con la cobardía del bajacalzones correlón y que con su beligerante respuesta le estuvieran diciendo a Andrea Noel "no seremos machos pero somos muchos", expresión que se usa tanto en broma como a veces en serio cuando alguien se tiene que enfrentar ante un rival de mayor altura y, nunca mejor dicho, mayor en-verga-dura, y entonces recurre al apoyo de sumar fuerzas con otros ante la impotencia propia. Resalta entre esas amenazas la que muestra a un tipo con un arma de alto calibre, para demostrar que sí puede disparar a una mujer, por no hablar de las imágenes de los cuerpos desmembrados que Andrea Noel recibió en su teléfono, cuando más bien esas imágenes parecen hablar de como se sintieron esos machos: desmembrados, "*si tú me desmembraste, yo te desmiembro*". ¿Cuál era la necesidad de salir en defensa del

bajacalzones si no es dar por hecho simplemente que lo necesita, es decir, suponer que él no puede defenderse? Sólo faltaban las pancartas "*todos somos el bajacalzones*".

Lectura ocurrente del nombre como significante.

He dicho que lo que pudo haber desencadenado tales respuestas agresivas y violentas es esa imagen que muestra a un "hombre" correr alejándose de una mujer atractiva y que tiene los calzones abajo y que resulta aberrante para todo macho pues ¿qué macho correría de una mujer en esas circunstancias y no hacia ella, según las propias inclinaciones machas que se ufanan de no perder oportunidad para cogerse a una mujer? Ante una mujer con un vestidito arriba y los calzones abajo no se debe de correr, todo lo contrario, pero eso es precisamente lo que la imagen del vídeo (de)muestra, a saber, que *los machos también corren*. Eso es lo que no le perdonan a Andrea Noel, que en su nombre lleva la competencia contra el macho ahí donde *andros* remite a lo masculino en el griego antiguo y su apellido, en un juego de puntuación niega lo masculino: "no él". Sólo faltaría para rematar que el bajacalzones se llame María José Guadalupe.

No me excuso por los dichos populares, prefiero valerme de ellos en esta articulación lingüística que no es otra que la que Lacan localiza como estructura del inconsciente. Los dichos populares, como parte del folclor, señalan siempre los significantes que circulan en una cultura dada y que dan cuenta de ciertos complejos inconscientes compartidos por quienes comparten también una lengua y un espacio característicos de esa cultura. Por lo demás, Freud mismo anuncia esto desde "La interpretación de los sueños" en 1899, para quienes creen que ya está superado y aún no han acabado de entenderlo.

"La mujer como la escopeta: cargada y en el rincón".

Tal es uno de esos dichos que circulan desde hace décadas en este país de machos. La metáfora en ese discurso sugiere que una mujer que se precie de serlo debe de estar siempre embarazada y no interferir con "su" hombre, y que un macho que se precie de serlo, debe tener a "su" mujer embarazada (de hecho cuando se habla de la gestación en los animales, se dice que una perra o una yegua están "cargadas") y medianamente alejada, en el rincón. Sin embargo, como toda metáfora, hay un equívoco en esta frase que permite otra lectura, a saber, la que se desprende de la escopeta en lugar de la mujer; y todos sabemos que una escopeta cargada es sumamente peligrosa porque puede matar a cualquiera en cualquier momento, por eso es mejor que esté a distancia, ni tocarla mejor, no vaya a ser que le salga al macho el "tiro por la culata". En este sentido llama la atención que el hombre de la foto que mencioné, envíe precisamente una imagen donde es él quien carga un arma, que no importa si es una escopeta o una metralleta, es en todo caso, un símbolo fálico que necesita para acentuar su virilidad.

En todo caso, los machos y machas que cargaron en contra de Andrea Noel de manera tan violenta, algo que debería de haber llamado poderosamente la atención del resto de la población y de las organizaciones tanto gubernamentales como no gubernamentales, esos machos y machas pues, no le perdonan que haya alzado la voz, que haya hablado y que esas palabras hayan sido consistentes.

Vieja argüendera.

Si una mujer se atreve a hablar es considerada por machos y machas como una loca, sobre todo si expresa una inconformidad o una denuncia, es decir, si le señala su falta al otro, y sabemos muy bien por el psicoanálisis que si algo resulta verdaderamente embarazoso y avergonzante es que nos señalen nuestra falta en la forma de la castración. A tales mujeres se les tiene despectivamente por *argüenderas*. El argüende es definido por los diccionarios como “pleito”, “chismorreo” y/o “disputa”. Sin embargo, deteniéndonos un poco en su etimología encontramos la misma raíz de la que procede “argumento”, así, una mujer argüendera es también una mujer que argulle, que argumenta y si es una verdadera argüendera no habrá muchas posibilidades de contradecirle puesto que su palabra no será solamente un hablar sino un decir que performativamente funda un acto; algo de esa palabra queda.

Con todo lo anterior, se puede entender quizá mejor ahora que el machismo, con todas sus respuestas exageradas y desproporcionadas ante las mujeres para tenerlas restringidas y en control, es una reacción inversamente proporcional al terror que genera la idea de que se despliegue lo femenino ¿para qué controlarlo tanto entonces si no es porque amenaza tanto? Porque ese proceder desbordante del intento de control machista no es otra cosa que un síntoma de la impotencia respecto a lo femenino ahí donde lo femenino cuestiona siempre a todo hombre por demandarle un posicionamiento y una respuesta que en realidad no se tiene; cada uno tendría que inventársela, es decir, hacer poiesis. Con-vertirse en poeta ante lo femenino desde donde una mujer cuestiona a un hombre como tal puede ser una manera bastante interesante de sostenerse ante lo femenino desde la propia castración ya que la poesía no es otra cosa que darle palabra a un imposible de decir, por eso los poetas pueden decir en un renglón lo que nosotros tendríamos que decir en páginas y páginas de un diario que no acaba, como el libro de arena de Borges; por eso podemos identificarnos en una sola frase de un poema sin saber decir exactamente qué es lo que nos ha tocado tan profundamente.

¿Qué quiere una mujer?

Hay una muy citada pregunta que Freud le planteó a la princesa Bonaparte “¿qué quiere la mujer?”. Freud nunca se respondió esta pregunta, es más, llegó a decir que las mujeres son el continente negro para el psicoanálisis. Jacques Lacan retomó la pregunta pero la leyó de manera diferente a como lo habían hecho los analistas de la época y la planteó como “¿*qué quiere una mujer?*” por el hecho de que el “*was will das Weib?*” de la pregunta freudiana apunta más a lo femenino que a la mujer, algo que aún no acaba de entenderse del psicoanálisis cuando se sigue confundiendo la sexualidad con la genitalidad, pues para Freud la sexualidad y la genitalidad no son lo mismo, así como la mujer y la feminidad tampoco son sinónimos. Se trata de una erótica de la psicosexualidad, para ser más precisos, que de penes y vaginas; así como también queda claro por los casos que Freud trabaja y expone que los hombres están más afectados por la castración que las mujeres y que estos se encuentran no pocas veces en posición femenina (que no hay que confundir con homosexualidad ni con la mujer). Por su parte, al elaborar las llamadas fórmulas de la sexuación, Lacan plantea que lo femenino no tiene que ver con las mujeres sino con un punto irrepresentable en lo simbólico por medio de palabras, símbolos o, como él los llamó, significantes, un punto del orden de lo real como imposible, del agujero que atraviesa al lenguaje y, con él, a toda subjetividad. Para Lacan lo femenino es un vacío de sentido y de ahí que La Mujer, así, con mayúsculas, no exista; existen, continúa Lacan, una a una, en su singularidad y no como categoría en la medida en que ya Freud declaró que “*no existe en lo inconsciente un símbolo del órgano sexual femenino*”, hay que subrayar **en lo inconsciente**.

Lo femenino es pues un hueco en el saber, un vacío de sentido y una contingencia que en tanto no se entiende e irrumpe subvirtiéndolo un orden establecido resulta amenazante.

Aunque la belleza sería tema de otra discusión, aquí sólo apuntaré que Lacan advirtió en su seminario sobre la ética del psicoanálisis que a la belleza, o bien no se le debe ni tocar, al modo del tabú, o bien es para destruirse y mancillarse, pues en lo inconsciente es insoportable, como todo ángel de las elegías de Duino de Rilke. En este contexto hay que tener en cuenta que el racismo y el clasismo en México apuntan en todas direcciones, no solamente en una, por lo que una mujer blanca, rubia y/o atractiva es no pocas veces discriminada y agredida por quienes se sienten agredidos por su imagen. Imagen idealizada e inalcanzable. ¿También pusieron en ese lugar a Andrea Noel? ¿Si no la pueden poseer hay que destruirla? Una de las frases que comúnmente se escuchan en *machas* bocas es “*si no eres mía no serás de nadie*”, miserable intento de poseer con exclusividad lo que es imposible de poseer: aniquilándolo para que nadie más goce de ello, privar al otro de lo que yo mismo no puedo alcanzar.

Ahora bien, en el eje imaginario una mujer encarna para un hombre (por lo demás también para otra mujer) la contingencia de lo femenino que es amenazante. Un hombre que se precie de serlo, sobre todo si se precia de ser todo un macho, estará especialmente en guardia contra lo femenino, es más, a muchos sujetos en esa posición les es necesario aniquilar toda amenaza de lo femenino, así, cuidan que sus hijos no se feminicen e intentan por todos los medios exorcizar un espíritu que a veces ni siquiera se ha presentado pero que ellos mismos invocan con el exorcismo, como cuando en un capítulo de los Simpson, Homero, ante la angustia que siente porque Bart ha convivido con un homosexual y teme que se convierta en homosexual él mismo, lo lleva con sus amigos Moe Y Barney a la montaña para cazar venados con una escopeta y que así se haga hombre; en una escena, Homero le pregunta a Bart cómo se siente de poder ir de cacería con sus amigos a la montaña, a lo que Bart responde para mayor alarma de Homero: "no sé, un grupo de hombres solos... en la montaña, se me hace medio gay".

¿Cuántos machos no se comportan tanto más femeninamente en cuanto más hombres pretender parecer?

Coyoacán, Ciudad de México.